

La ocupación japonesa en Filipinas y etnicidad hispana (1941-1945)



FLORENTINO RODAO

Introducción

Filipinas es la colonia española cuya identidad hispánica está más diluida, a pesar de los más de tres siglos de colonia. La razón más extendida para explicarlo apunta a su declive gradual desde el *desastre*; pero no fue un proceso uniforme ni gradual, sino que transcurrió con diferentes velocidades e influido tanto por el contexto interno de las islas como por la situación internacional. Y además, el punto-de-no-retorno no fue tras la derrota española de 1898, sino más cerca de la independencia formal (ocurrida en 1946): desde el inicio del proceso de transición en 1935 hasta el final de la ocupación japonesa, en 1945. Este artículo intenta estudiar este proceso de deshispanización durante la ocupación japonesa en Filipinas, insertándose también en el debate historiográfico sobre su carácter, bien como una ruptura, bien como un simple paréntesis dentro de un período más amplio de la evolución filipina.¹

El significado de «lo hispano» en Filipinas lo agrupamos en tres partes:

1) La comunidad española residente en las islas, que comprendía los ciudadanos con pasaporte español, junto con sus instituciones y las empresas exclusivas de sus miembros.

2) El complejo cultural caracterizado por la etnicidad dentro de la sociedad filipina, en el que entrarían a formar parte tanto esos vínculos entre la comunidad española y la sociedad filipina donde se mantenía la etnicidad, tanto en un sentido político como social o cultural y, además, las aportaciones hispanas a la sociedad filipina que habían pasado a ser asimiladas como propias, tales como la religión católica, el idioma castellano y los grupos sociales identificados por esa etnicidad, los filhispanos, en su mayoría mestizos de origen español.²

3) la percepción de los filipinos sobre ellos mismos, en la que formaban parte su identidad local, la comparación con otros pueblos de su entorno, las aportaciones norteamericanas y, por supuesto, esa etnicidad hispana. A esta imagen iba asociada inextricablemente su visión de España, tanto la histórica o la actual, como la de los españoles y sus instituciones en Filipinas. Es necesario manejar, en definitiva, dos conceptos, la etnicidad y la percepción, tanto la propia como del «otro».

1. Pervivencia bajo Estados Unidos

En los años previos al ataque a Pearl Harbor, lo hispano mantenía aún una posición significativa dentro de la sociedad filipina. La comunidad de 4.628 individuos, según los censos de 1939, se había dotado de instituciones propias, como Casinos Españoles en Manila, Cebu e Iloilo, la Cámara de Comercio, el Hospital de Santiago, el Fondo Benéfico y de una rama de Falange Española Tradicionalista de las JONS, con sus propias suborganizaciones, tales como la benéfica Auxilio Social, con el Hogar José Antonio, la Sección Femenina y las ramas juveniles de Flechas, Pelayos y Cadetes, divididos según la edad.³ La empresa principal española eran también la más importante de todo el país, la Compañía General de Tabacos de Filipinas, con sede principal en Barcelona e inmersa en todos los negocios de exportación, como tabaco, azúcar, alcohol, copra, seguros, navegación, plantaciones o complejos agroindustriales.

Dentro del mundo filhispano, los mestizos españoles estaban cifrados en medio millón, de un total de 16 millones de habitantes y los religiosos venidos de la península eran esenciales (487 de 1417 de los religiosos regulares extranjeros, entre un total de 2672), especialmente en los colegios o universidades católicas donde se enseñaba en español. Algunos de los principales empresarios estaban caracterizados por su hispanidad, como Andrés Soriano o los Elizalde, y sus iniciativas eran reforzadas por las inversiones de la comunidad, tal como ocurría con las inversiones de los agustinos recoletos, asociados con Soriano en la cerveza San Miguel. El idioma español era hablado por un 2,7% de la población (según los censos, 417.375 personas entre un total de 16 millones de habitantes), pero su importancia social era mucho mayor, tal como se refleja en los 81.000 ejemplares vendidos diariamente en 1938 en español. Una buena parte se vendían en Manila, donde *La Vanguardia* vendía aproximadamente 18.000 copias, *El Debate* 13.000 y el izquierdista *La Unión* 5.000.⁴

Pasando al plano político, el apoyo de los españoles y filhispanos fue uno de los apoyos principales que permitieron a Manuel L. Quezón y su *Partido Nacionalista* alcanzar la presidencia de la Mancomunidad o *Commonwealth*, el régimen transitorio a la independencia inaugurado en 1935. Los informes norteamericanos de los momentos previos al estallido de la Guerra del Pacífico se refirieron con insistencia a la existencia de una *clique* de poder que denominaron «*Partido Español*,» cuya importancia les aparecía obvia al considerar que eran «cuasi-españoles» nueve de los 24 senadores elegidos en las elecciones de septiembre de 1941.⁵

Pasando a la autovisión más o menos hispanizada de los propios filipinos, *Lo español* era considerado con la aportación norteamericana y las locales, en una mezcla de la que se sentían orgullosos, al preciarse de ser más occidentales que asiáticos y el único país predominantemente cristiano de la región. *Lo hispano* en Filipinas era visto como complementario de las aportaciones estadounidenses y abarcaba ámbitos políticos muy diversos, desde la clases altas por la derecha hasta los intelectuales por

la izquierda. El gubernamental *Partido Nacionalista*, por ejemplo, solía apoyar a los franquistas durante la Guerra Civil española, pero los dos candidatos minoritarios en las elecciones a presidente de la Mancomunidad, el general Emilio Aguinaldo y el obispo Gregorio Aglipay (aproximadamente, un 16% de votos cada uno), participaron en las actividades de apoyo a la República española.⁶ Lo hispano era aún parte esencial de la identidad filipina.

Con la ocupación japonesa, cambió el contexto del desarrollo de esa colonia española, de esa etnicidad hispana y de esa imagen de lo español. Filipinas seguía siendo dominada por una potencia extranjera, pero el enemigo pasó a ser Japón que, aunque mantenía como Estados Unidos que Filipinas debía alcanzar pronto la independencia, tenía planes diferentes sobre su futuro. Japón buscaba en Filipinas dos objetivos principales, ganar la guerra y la lealtad de sus habitantes, como las potencias coloniales anteriores. Para conseguir esa lealtad de la sociedad recién conquistada, en lugar de buscar un cambio social de consecuencias imprevisibles, los nipones prefirieron mantener el status social y reforzar su identidad asiática. La etnicidad hispana de Filipinas, en este contexto, tuvo para los japoneses una función doble y con significados opuestos. En ese primer objetivo de ganar la guerra España era un país amigo, estaba ayudando en la guerra y la comunidad hispana (y su etnicidad) podía tener un papel importante para lograr una mejor aceptación de su dominación. En el segundo objetivo de asianizar las Filipinas, los hispano tenía una percepción negativa. Aunque reconocían algunos logros apartados por esa cultura hispana a la sociedad filipina (por ejemplo, la unificación estatal), lo español era considerado por los japoneses como un obstáculo en esa deseada asianización de los filipinos. La asimilación de ese universo cultural hispano de religión, idioma o costumbres que desvinculaban al individuo del estado, por tanto, eran vistos como negativos.

La política de la nueva administración militar japonesa hacia lo español, así, dependía de las prioridades. Frente a la amistad con España como nación cercana al Eje se encontraba la idea de desvincular a Filipinas de su dependencia cultural hacia lo español. Fue necesario hacer cálculos de la importancia del plazo corto frente al largo, de la necesidad de ganar la guerra frente a cómo deberían de ser unas Filipinas pro-japonesas en un futuro.

En Filipinas, la reacción nativa ante los nuevos ocupantes fue, sobre todo, «esperar y ver»,⁷ considerando que el ejército japonés ocuparía el territorio por un buen número de años y sin saber bien la reacción de los Estados Unidos. No estaba claro si serían capaces de reaccionar, si ganarían en su enfrentamiento contra el Eje en Europa, o la sinceridad de la proclamación del general MacArthur con su «*I shall return*». La élite filipina, ante ello, se dispuso a colaborar, acuciada por la necesidad de evitar que otras gentes en mejores relaciones con el poder japonés les desplazaran de su papel elevado en la sociedad, y en parte también por esas coincidencias pro-

gramáticas, en una decisión tomada tras unas reuniones mantenidas en los meses de mayo y junio, en español.

Por parte de la comunidad española, es difícil hablar de una postura común, menos aún si además se incluye a la comunidad de mestizos españoles o de hispanizados. Era común entre ellos un status social por encima de la media como producto de una educación mayor, un sentimiento de superioridad racial y cultural y una relación dual frente a los Estados Unidos, por un lado de animosidad por haber arrebatado el archipiélago en 1898 y por el otro de una beneficiosa relación comercial.⁸ Su objetivo principal, como en el resto de la sociedad, fue mantenerse lo mejor posible durante la nueva coyuntura, y el aparente final definitivo de la relación comercial con Estados Unidos les hizo más proclives a tomar una postura en general más constructiva (o menos escéptica) frente a los nuevos ocupantes japoneses. El resto de los filipinos, sobretudo los de clases inferiores, aunque podían no compartir la superioridad racial profesada por muchos de los españoles e hispanizados frente a los ocupantes japoneses, o el rechazo de algunos sectores hacia los Estados Unidos, tenían un sentimiento generalizado de pertenecer a un país cultural y religiosamente por encima del de los soldados nipones.

2. Lo Español y la administración militar japonesa en Filipinas

En Filipinas, la administración japonesa estuvo compuesta por la parte civil y la parte militar, y sufrió, como en el resto de los territorios dominados por Japón, el predominio de los intereses del ejército sobre los de la administración civil. El ministerio de Asuntos Exteriores tuvo un papel muy reducido en la elaboración de la política hacia este país y al disminuido rol que ya tenía según la guerra avanzaba, se unió, en el verano de 1942, a la puesta en marcha del Daitôashô (大東亜省) que disminuyó sus funciones. Jorge B. Vargas, antiguo secretario del presidente de la Mancomunidad, Manuel Quezón, fue la persona encargada de dirigir el Gobierno Provisional o *Executive Commission* hasta la proclamación formal de la independencia, en septiembre de 1943.

Las relaciones de los nuevos ocupantes japoneses con la comunidad española fueron positivas, sobretudo en Manila. Sin ninguna víctima entre la comunidad española y con Manila viviendo un caos social durante los días previos a la llegada japonesa, los españoles, pertenecientes a las clases medias y acomodadas, les recibieron con un cierto alivio.⁹

Los nuevos ocupantes buscaron una relación lo más cordial posible con la colonia española, en parte por esas relaciones generales mantenidas con Madrid y en parte por buscar que sirvieran de ejemplo hacia el resto de comunidades extranjeras y de la sociedad. Los españoles, por tanto, sufrieron las consecuencias de la ocupación de una forma en general menos lesiva que para el resto de la población, permitiendo al consulado español funcionar de forma oficiosa.¹⁰ Además apenas se entrometieron

en las escasas instituciones que quedaron en pie; en la búsqueda de esa actitud más positiva hacia Japón organizaron reuniones especiales con miembros de la comunidad,¹¹ y se esforzaron por solventar las necesidades de esos tiempos. Por ejemplo, se permitió enviar comunicaciones a España por medio de telegramas que debían ser remitidos en inglés y sin claves a la Legación de España en Tokio, desde donde serían redirigidos a Madrid.

Los problemas de las empresas españolas o de etnicidad hispana en Filipinas fueron más difíciles de solucionar, tanto por las propias características de estas empresas, sobretudo las grandes, como por los daños sufridos por la guerra y, por último, la necesidad de acoplar sus objetivos de conseguir beneficio al nuevo contexto. Las grandes empresas españolas también sufrieron de la animadversión general hacia lo occidental, puesto que los japoneses las culpaban de haber atrofiado el surgimiento de empresas nativas.¹² En el primer caso, había situaciones complicadas. La principal empresa de todas era de propiedad española y apenas tenía *joint ventures* o participaciones, pero otras fueron confiscadas o intervenidas por ser de propiedad enemiga, como las que eran propiedad de Soriano, el español que había pedido la nacionalidad filipina y luego se había ido con Quezon al gobierno en el exilio, y otras eran de la familia Elizalde, con la mayoría de sus miembros filipinos pero uno de ellos, Mike Elizalde, ostentando el cargo de Resident Commissioner del gobierno de Quezón en Washington. Además, aunque hubo pocas destrucciones por bombardeos, algunas empresas tuvieron que inutilizar sus instalaciones o destruir la producción para evitar que cayeran en manos japonesas, como ocurrió con Tabacalera por orden norteamericana, que también hubo de desalojar algunas fábricas. La necesidad de acoplar sus producciones a las necesidades del ejército japonés fueron más dañinas y el capital español, sobretudo, sufrió del deseo japonés de cambiar al algodón muchos terrenos dedicados a la caña de azúcar. Las autoridades pusieron en marcha varias asociaciones para controlar la producción¹³ y en general provocaron pérdidas al determinar un precio de pago de la producción por debajo de los beneficios. En el caso de las empresas pequeñas, muchas tuvieron que cerrar, puesto que estaban relacionadas con la exportación y la importación, corredores de Bolsa, etc.

En el plano cultural, la actuación japonesa debería haber visto un mayor confrontación con lo español, puesto que debía de predominar esa visión a largo plazo, que miraba con sospecha tanto a esa elite ilustrada hispanizada, al uso tan extenso del español o a la influencia de la religión católica. Así, se tomaron medidas como fue la supresión efectiva del español en los juzgados. Hasta entonces, los juicios se celebraban en español o inglés, pero las nuevas autoridades japonesas decretaron que se deberían tener lugar en tagalo (o en japonés).¹⁴ Por la imposibilidad de realizar «cambios» de forma inmediata, el inglés se autorizó de forma transitoria, pero no el español, puesto que apenas había traductores japoneses. En el plano religioso, un grupo de religiosos llegó a Filipinas en el mismo mes de diciembre de 1941

con la intención de asegurar la lealtad de los cristianos a los nuevos dominadores con tres principales objetivos, identificados por Terada Takefumi: promover una educación mas «científica, moderna, crítica, nacionalista,» regular las propiedades de la iglesia y «filipinizar» el clero católico.¹⁵ La única medida clara que se tomó contra el clero español fue la deportación de Guam del obispo español, Miguel Ángel de Olano y Urteaga, hacia Japón, aparentemente como una medida de prueba frente a Filipinas.

Las necesidades bélicas, no obstante, suavizaron mucho esos deseos de actuar contra lo occidental, prefiriendo dejarlo para más tarde. La propaganda se esforzó por mostrar que Japón no tenía ninguna intención de obstaculizar los sentimientos religiosos de los pueblos ocupados, ni los católicos de los filipinos ni los budistas de los thais ni ningún otro. Además, en el caso de los católicos, se llegó a firmar una Tratado y a mandar un embajador al Vaticano, Harada Ken, un hecho que bendijo internacionalmente el respeto japonés hacia los sentimientos religiosos.

3. El difícil ajuste

Los problemas se agudizaron según avanzaba la ocupación. Con el consulado oficioso de España no hubo excesivos problemas. El militante falangista José del Castaño decidió quedarse en Manila y la representación, al ser una protección frente a las tropas japonesas, funcionó con normalidad, incluso con más tareas que antes de la guerra. Por un lado con más público, porque muchos antiguos ciudadanos fueran a renovarse la cláusula de nacionalidad o a registrar varios hijos de una vez, y por el otro con funciones adicionales, porque cuando se producían esos abusos de autoridad por parte japonesa, como confiscaciones o detenciones, la gente recurría al consulado como única posibilidad para solventar el problema.¹⁶

Con las autoridades japonesas, el cónsul Castaño tuvo una buenas relaciones y de hecho ayudó no sólo a facilitar las buenas relaciones de la colonia, sino también felicitó públicamente a las autoridades japonesas por sus victorias. Ello facilitó que las autoridades japonesas se inmiscuyeran muy poco en las actividades de esas instituciones de la colonia española, que sufrieron más por las dificultades de la guerra en sí, y por esa tendencia general a evitar participar y socializar, que por las órdenes niponas. El local de Falange apenas fue visitado por oficiales japoneses y lo mismo ocurrió con el Hogar José Antonio y el Auxilio Social, donde la entrega de alimentos se redujo a dos días a la semana, sin condimentar y sin llevar, teniendo que ser tomados en su propia sede. Castaño, además, aprovechó para ganarse para los falangistas el dominio de la colonia española y de sus instituciones en las islas, por un lado denunciando a los izquierdistas para que les detuvieran y por el otro colocando a gente afín en las Juntas Directivas del Casino Español o la Cámara de Comercio, hasta entonces dominadas por españoles conservadores, opuestos a los falangistas y al Eje, con los que había estallado un enfrentamiento muy intenso desde

el estallido de la Guerra Civil. Fue un colaboracionismo muy criticado tras la guerra, pero en el que Castaño buscaba sus propios beneficios.

Respecto a las empresas, la disposición nipona a solventar sus problemas llevó a no prohibir un extraño plan que ambicionó trasladar españoles y exportar tabaco de Filipinas a la península ibérica en pleno conflicto. No tenía excesiva viabilidad y las dificultades eran cada vez más difíciles de superar a vista de todos, por lo que España llegó a planear incluso la escala del buque en Buenos Aires, pero la presión de Tabacalera fue muy intensa. El propio Ministro de Exteriores recordaba cuando le entrevisté, después de cincuenta años, las visitas de los directivos de Tabacalera a su despacho y, de hecho, su segundo, el subsecretario de Exteriores José Pan de Soraluce, fue a visitar la embajada japonesa en Madrid para mostrar el interés oficial. Tokio aparentemente estaba de acuerdo, pero siempre consideró el proyecto como extravagante, con oscuras intenciones entre los dirigentes de Tabacalera. Otras empresas se beneficiaron de la ocupación. La posibilidad de los españoles para viajar por el archipiélago, mayor de la que disponían otras gentes, permitió que organizaran empresas dedicadas a vender productos al ejército japonés, mientras que el Frontón *Jai-Alai* volvió a abrir e incluso el único español que pudo viajar de Manila a Shanghai fue el propietario de la empresa que contrataba a los pelotaris, para que gestionara el paso de jugadores a China.

Frente a las medidas de carácter cultural, en el archipiélago apenas hubo protestas por las restricciones a la lengua española.¹⁷ La sustitución del Obispo Olano por un religioso nativo tampoco trajo solidaridad desde Filipinas que sea conocida, es más, la posibilidad de la deportación a Japón del clero occidental entusiasmó, aparentemente, a miembros del clero filipino y a intelectuales laicos, pero el poder militar prefirió esperar para el caso del arzobispo irlandés de Manila, Monseñor O'Doherty.¹⁸

Esta escasa reacción contra las órdenes nuevas de las autoridades militares, por supuesto, fue debido al temor hacia las autoridades, a una resignación o a la idea de esperar tiempos mejores, pero también aparentemente porque las medidas fueron entendidas como parte del progresivo declive de la influencia occidental en Asia. Estos esfuerzos por la «filipinización» fueron quizás los que mayor apoyo recibieron dentro de las Filipinas, tanto dentro de las capas sociales más bajas como por la gente de clases medias.

A pesar de esa carencia de oposición abierta, parece que lo hispano pasó a tener un carácter de alternativa autorizada a la ocupación japonesa. Parece que también hubo una cierta idealización del período español, parte por lo que suponía como período de tranquilidad frente a los vuelcos vividos y en parte por ser algo permitido entre las autoridades japonesas. Las referencias a ello son muy dispersas y conviene elaborarlas más en profundidad, pero Teodoro Agoncillo explica en su libro sobre la política cultural durante la ocupación japonesa que se idealizó en esos años el período español y que el texto probablemente más discutido durante ese período

fue una obra publicada por el escritor Nick Joaquín *La Naval de Manila* sobre una procesión típicamente española que ya no volvió tener lugar tras la guerra.¹⁹ Por otro lado, es posible distinguir por parte de los hispanistas una cierta alianza temporal con esa identidad japonesa para atacar la identidad norteamericana en las islas. El poeta en español y ministro de Educación y Sanidad, Claro M. Recto, que dio el primer discurso en tagalo de la historia de Filipinas, pudo haber visto con esa acción una posibilidad de debilitar el inglés frente al español.

Para el gobierno de Madrid, por su lado, la política exterior e interior suya fue determinante en su relación con Tokio. En un principio mostró resignación ante estas medidas, producto de la política falangista de apoyo a los movimientos independentistas que luchaban contra los imperios, como en el caso de la India. Después, a partir de septiembre de 1942, el progresivo acercamiento hacia los aliados y la caída del falangista Serrano Suñer como ministro de Exteriores provocaron un cambio y una mayor beligerancia frente a las medidas japonesas contra los intereses de España en las islas. Con el conservador-reaccionario Jordana, las críticas a Japón subieron cada vez más de tono. Y, ya que se sabía poco sobre los problemas de las empresas españolas, el gobierno centró sus críticas en las medidas de carácter cultural. En pocas semanas, el ministro japonés en Madrid, Suma Yakichirô informó a Tokio de las primeras críticas,²⁰ advirtiendo de su significado y que sería necesario aplacar el enfado de los españoles. Si se quería que continuara la ayuda en el esfuerzo de guerra japonés en espionaje y en la representación de intereses japoneses en el continente americano, aseguró, era necesario tomar alguna medida. La presión de los españoles continuó y durante el primer semestre del año 1943 se sumó al deseo japonés por elevar de rango de las legaciones a Embajadas.²¹

Esa presión española provocó que el ejército tomara algunas medidas como pantalla, aunque seguramente también evitó alguna otra. De esta forma, el 2 de septiembre de 1942, la autoridad civil de Filipinas revocó la orden anterior dada por la autoridad militar prohibiendo el español en los juzgados.²² Posteriormente, se autorizó la salida de Japón del obispo Olano, expulsado de Guam y, en 1943, se preparó un plan para enviar dinero a España desde Filipinas. Un buen número de españoles vivían entonces de esas rentas enviadas, que a causa de la Guerra Mundial se les había cortado, mientras que las empresas también necesitaban ese dinero, mientras que otros en Filipinas simplemente deseaban repatriar ahorros. Se llamó «Plan Tabacalera» y se hizo mediante la creación de un «Yen especial,» que no consiguieron ciudadanos de otros países. El empeoramiento de la relación política llevó a suprimirlo en noviembre del mismo año cuando aún se había remitido solo la mitad del dinero previsto.²³

4. Independencia de Laurel

Según pasó el tiempo, los ocupantes japoneses se esforzaron, ante los resultados militares cada vez menos halagüeños, por ganar el apoyo de las poblaciones ocupadas concediéndoles una de las reivindicaciones más ansiadas por los movimientos nacionalistas como eran, en China, el fin de las concesiones territoriales y, en los países del sudeste asiático, la independencia. La negociación para la entrega de las concesiones en China comenzó en enero de 1943, y la concesión de independencias a fines del verano, en los dos países donde la administración se les hacía más onerosa a los militares, Birmania y Filipinas. En Birmania se instaló el gobierno de Ba Maw y en Filipinas fue el de Jose Paciano Laurel desde octubre de 1943, también miembro de la élite durante el período colonial prejaponés y ministro en el gobierno provisional de Vargas que había sido objeto de atentado guerrillero. La independencia fue principalmente una formalidad y, mientras que los militares seguían dominando a su antojo, el verdadero gobierno de las Filipinas pasó a ser la embajada de Japón, dirigida por el civil Murata Shozo.

Más allá del cambio político, hubo cambios en las expectativas militares. Aunque el imperio japonés vivía entonces el momento de mayor extensión territorial, por medio de las mismas noticias japonesas era fácil adivinar que sus avances habían parado e incluso que los Aliados estaban batallando en lugares anteriormente tomados por el ejército japonés, como las islas Gilbert, la actual Kiribati. Las comunicaciones eran difíciles y provocaban la relevancia de canales atípicos en la recepción de noticias, con rumores sobre España en Filipinas que eran creídos por la escasa fiabilidad de las noticias de prensa, al igual que en Madrid, en donde noticias (o rumores) por medio de Portugal sobre Filipinas recibían un crédito desmesurado.²⁴ Además, a partir de 1943, las guerrillas fueron cada vez más activas y ya no se pudo conseguir pacificar el país y la desconfianza entre los ocupantes y la élite se hizo insalvable. Al contrario que en 1942, era factible pensar que el futuro militar japonés no era tan seguro como parecía.

El recrudecimiento del conflicto militar tuvo varias consecuencias. Por parte japonesa, se suprimieron definitivamente la promulgación de nuevas medidas pensando en un futuro projaponés y el poder se centró en ganar la guerra. Por parte filipina, el apoyo a las guerrillas se incrementó y la colaboración se limitó a aquellas medidas que pudieran evitar la represión japonesa. Por parte española en Filipinas, aquellos que pensaban en una victoria del Eje dejaron de pensarlo, parando la colaboración que les pudiera implicar e un futuro, mientras que Madrid pensaba cada vez más en la supervivencia del régimen.

El elemento oficial en Filipinas pasó a enfriar sus relaciones por la renuencia española. En Manila, el cónsul Castaño hizo oídos por primera vez a las protestas y consiguió entregar clandestinamente a un agregado militar español un informe sobre las pérdidas dentro de la colonia española a causa de la ocupación, y además hizo un

recuento completo de los españoles bajo su jurisdicción. Aumentaron sus quejas a los ocupantes japoneses por el número cada vez mayor de detenciones y problemas, pero sabiendo que tendría problemas, en el otoño de 1944, quiso abandonar el país hacia Japón, temeroso del retorno de las tropas americanas. Entre las empresas españolas, la cooperación se hacía cada vez más difícil a causa de las propias dificultades económicas que vivía el país, las cosechas se redujeron y la producción de azúcar también, pero en comparación con otras empresas tuvo un comportamiento más respetuoso con las autoridades. Además, pasaron a hacer como muchas familias filipinas, tratar de tener relaciones con ambos bandos. Tabacalera, por ejemplo, asignó a unos empleados la tarea de estar en buenas relaciones con las autoridades y a otros a tener buenas relaciones con las guerrillas. Los españoles, ciertamente, habían siempre visto con un cierto resquemor a los ocupantes japoneses y entre ellos había habido tanto personas deseosas de colaborar, como otras que se habían unido a las guerrillas. En el conjunto de la sociedad filipina, no obstante, la percepción predominante fue la de que lo español estaba más cercano a lo japonés, tanto España como país amigo, como su comunidad, con un cónsul que hacía declaraciones tan pro-japonesas, y como «lo español», identificado con esa élite gobernante que había decidido cooperar con los japoneses en parte para mantener sus privilegios.

Madrid, por su lado, protestó cada vez con mayor intensidad. Las buenas palabras de antaño y el deseo de llegar a acuerdo pasó a la negativa a toda propuesta, no sólo a esa elevación de rango de representaciones ante la que estaban tan interesados los japoneses, sino a una fuerte nota en octubre de 1943, siguiendo las presiones estadounidenses, negando haber reconocido el gobierno de Laurel. Las escasas noticias y las presiones de las empresas con sucursales en Filipinas, además, llevaron a preguntas cada vez más tensas sobre las requisas de empresas y sobre sus pérdidas a causa de las decisiones de la administración militar japonesa.

La rectificación sobre el telegrama al presidente Laurel fue el acto final de la colaboración amistosa entre España y Japón. Los japoneses notaron claramente que ya era muy difícil conseguir concesiones de España y a partir de noviembre de 1943 cancelaron el Plan del Yen Especial para la remisión de fondos a España cuando aún solo se habían transferido la mitad de los fondos planeados. Por último, en la batalla de Manila, a raíz de haberse quedado la colonia española principalmente en Manila y tras una maniobra norteamericana que envolvió a las tropas de la Marina en la zona veja, y en donde vivía la gran mayoría de sus habitantes españoles, las tropas japonesas cometieron la mayor masacre de españoles e hispanizados desde fines de la Guerra Civil. Toda la gente que se había refugiado en el Consulado español murió tras un ataque de soldados japoneses, que vieron una concentración de gente precisamente buscando un refugio que había sido útil al principio de la ocupación, pero que al final fue una trampa mortal. Lo mismo ocurrió con la colonia alemana.

5. Fuerzas antijaponesas

Mientras dominaba el ejército japonés, las fuerzas antijaponesas adquirieron cada vez un mayor control sobre el país. En los peores momentos, las guerrillas fueron el principal soporte de ese esfuerzo antijaponés, que estuvo pronto seguido por una situación económica desastrosa producida tanto por la guerra, por esas disposiciones japonesas, por esos boicots provocados por la guerrilla, que afectaron sobretodo a las comunicaciones, y por las secuelas de las destrucciones previas a la guerra.

Las guerrillas en Filipinas, ciertamente, tuvieron a los españoles colaboracionistas como uno de sus principales objetivos, como resultado de esa percepción. El propio cónsul falangista reconocía en el informe secreto de fines de 1943 que las guerrillas habían matado a españoles por ser colaboradores con los ocupantes japoneses, aunque no había ocurrido en la isla de Negros, donde la mayoría de la colonia eran vascos, nacionalistas simpatizantes del Partido Nacionalista Vasco y opuestos al régimen franquista

Pero esa percepción antiespañola fue aumentada por el ejército estadounidense. Esta imagen no era nueva, sino que provino de la ya existente del español antiestadounidense desde 1898 que se agravó en los dos años previos a la Guerra del Pacífico, con la España aliada al Eje y a la victoria de los enemigos de Estados Unidos. La documentación estadounidense permite comprobar cómo la imagen de los españoles evoluciona rápidamente para convertirse, en los meses previos a Pearl Harbor, en el centro de lo antinorteamericano en Filipinas. Los informes muestran claramente la idea de los españoles o los hispanizados en Filipinas como el centro de la postura antiestadounidense, de los desleales. El gobierno de Washington recibió noticias sobre infiltraciones de falangistas entre la elite filipina y se dio crédito a la existencia de un llamado por ellos «Partido Español», que sería el que dominaría entre el gobierno en el exilio.

Con la derrota en Filipinas, esta imagen se agudizó y hubo esa tenencia general a ver a lo español como el eje de los enemigos dentro, más incluso que los japoneses, cuya presencia podía verse como temporal. La opinión más radical fue la del Secretario de Interior, Ickes, que veía la influencia no sólo española sino falangista tanto en el gobierno en el exilio como en el interior, y escribió en su diario «Una parte considerable de los elementos españoles en las Filipinas son falangistas que están trabajando de acuerdo con Japón. Japón incluso ha instalado un gobierno marioneta que esta siendo llevado por estos Falangistas. Ellos ciertamente deberían ser llevados a que dieran cuenta. No puede haber duda que Andrés Soriano, Ministro de Finanzas en el Gabinete de Quezon [en el exilio,] es un falangista y yo creo que el Comisionado Residente, [Joaquín María] Elizalde, lo es también. Hay dudas considerables sobre el propio [Presidente] Quezon».²⁵

Esta visión tuvo sus consecuencias propagandísticas, a pesar de que los signos más claros de la colaboración española con el Eje acabaron pronto y la temida Fa-

lance Exterior dejó de actuar a partir de enero de 1942. Durante el período álgido de la ocupación japonesa, de hecho, los medios de comunicación estadounidenses atacaron cada vez con más fuerza a una España cada vez más debilitada y la prensa estadounidense recogió cada vez más denuncias contra sus actividades pasadas poniendo en duda la tradición democrática española y, sobretodo, esa lealtad tan buscada. Sobre Filipinas, aparecieron declaraciones de dirigentes falangistas apoyando al Eje y sugiriendo que España quería recuperar estas islas, aunque cuando España ya había declarado oficialmente que sólo buscaba lazos culturales. El caso más claro fue un libro aparecido en 1943, simultáneamente en inglés (Nueva York) y en español (La Habana) titulado *Falange. El Ejército Secreto del Eje en América* y escrito por Allan Chase, con un gran número de anuncios en el *New York Times*. El libro comenzaba explicando el caso de Filipinas e incluía este país como otro más donde la colaboración española con Alemania estaba ayudando a la penetración del Eje y a la expulsión de los Estados Unidos.

El regreso victorioso del ejército estadounidense a Filipinas permitió que ese estado de opinión se plasmara en decisiones políticas. Así, tras la muerte del presidente Quezón en 1944, el nuevo gobierno en el exilio fue remodelado por el antiguo vicepresidente Sergio Osmeña destituyendo a Mike Elizalde, Andrés Soriano y Basilio Valdés. Eran precisamente los miembros del gabinete a los miembros caracterizados por los informes estadounidenses como miembros del Partido Español.²⁶ En el archipiélago, durante la conquista de Filipinas, el CIC (Counter Intelligence Corps) hizo un estudio sobre la actuación de la Falange en las Filipinas,²⁷ el cónsul de España fue detenido en su domicilio, regreso a España por medio de Estados Unidos con una fuerte seguridad (y entre protestas en el Congreso de Washington) y el líder falangista y canciller del consulado Francisco Ferrer fue detenido.²⁸

6. Lo hispano, lo japonés y lo asiático en las Filipinas

La mezcla de un país conmocionado por la experiencia bélica, de un poder americano en la cumbre de su poderío y de una colonia española disminuida por las desapariciones, por los cambios de nacionalidad y por los nuevos elementos añadidos a su imagen fue fatal para la consideración de los filipinos sobre esa parte hispana dentro de su identidad.

Los cambios en la nueva Filipinas bajo tutela norteamericana camino de la independencia y recién salida de la guerra fueron relativamente escasos. Sergio Osmeña tuvo un gobierno en el que las figuras principales eran gente que habían estado luchando en las guerrillas contra los japoneses, como Tomás Confesor, que trataron de colocar nuevos gobernadores, y detuvieron a los principales miembros de la élite que habían colaborado con los japoneses. Desde el verano de 1945, no obstante, la necesidad de mantener el poder político hizo que Osmeña destituyera a Confesor y pasara a buscar su apoyo entre la gente que había estado colaborando, muchos de

ellos recién salidos de la cárcel. La razón era clara, Antonio Roxas, antiguo ministro con los japoneses, estaba formando una nueva coalición alternativo con ayuda en la sombra del general MacArthur y en poco tiempo los esfuerzos por aprovechar la experiencia bélica para renovar las Filipinas dejaron paso a las típicas disputas faccionales de antes de la guerra entre los grupos de Osmeña y de Roxas, mientras que las guerrillas comunistas Hukbalahap (Huk) vivían un auge producto de la pobreza creciente para la que no se veía salida en el sistema político.

Los sufrimientos de la colonia española no le permitieron volver tan pronto a la normalidad. La muerte física de al menos 200 españoles, aproximadamente un 15% de la colonia, fue seguida de la pobreza y la falta de recursos porque sus medios de vida y viviendas sufrieron destrozos muy grandes, lo que provocó la emigración a España de aproximadamente 1000 sobrevivientes de la guerra, en dos barcos fletados desde España, el *Halekala* y el *Plus Ultra*. Las nuevas leyes que impedían a los extranjeros la propiedad de bienes de producción, por su lado, condujeron a que un buen número pasara a tomar la nacionalidad filipina, sobretodo al negarse los filipinos a la propuesta española de doble nacionalidad. Algunas instituciones desaparecieron, como la Falange, pero en general se mantuvieron con un declive importante, admitiendo entre sus filas a personas ya no caracterizadas por esa identidad hispana, como fue el caso de los Casinos. Muchas empresas españolas desaparecieron, y la Compañía General de Tabacos comenzó un declive del que ya nunca se ha recuperado, aunque en esos años tuvo beneficios importantes con la producción de tabaco.

El complejo social y cultural identificado con lo español también declinó, pero no tanto en su importancia como tal, sino en su identificación hispana. Lo español dejó de ser expansivo. Los mestizos hispanos no declinaron en número, pero se perdió el orgullo de esa cultura española del período anterior y el uso de la lengua española se redujo más al hogar. Las empresas filipinas identificadas con lo español, por su parte, dejaron de mostrar esa identidad y prefirieron resaltar mejor su identidad internacional en relación con Estados Unidos. A la muerte de Andrés Soriano, por ejemplo, sólo se mencionaban de pasada en su biografía sus intensos contactos con España y lo español hasta el año 1941, y sus hijos tomaron la nacionalidad americana. Andrés Soriano Jr., de hecho, fue presidente de la *American Chamber of Commerce*. Ello fue debido en parte al empobrecimiento de las órdenes religiosas, que ya no tenían dinero para invertir en los negocios, mientras que el poder de los españoles dentro de las órdenes religiosas también decreció, con los filipinos teniendo un papel dirigente cada vez más importante. El español siguió siendo usado, por supuesto, pero perdió definitivamente la batalla ante el inglés. El único periódico en español en Manila en la posguerra pasó a ser *La Voz de Manila*, apenas una hoja con noticias atrasadas de la que se editaron 3000 ejemplares, con grandes problemas de financiación y que se leía sobretodo para los «txismes» sociales.

En el aspecto político, la gente que detentaba el poder en la Filipinas de preguerra siguió siendo clave también después, como ya se ha señalado. Y los que identificaban los informes estadounidenses como miembros del «Partido Español» estuvieron en la coalición que apoyaba al candidato que salió electo en las elecciones de 1946. Se enfrentaron el mestizo chino Sergio Osmeña frente al mestizo español Antonio Roxas, el primero presidente del gobierno en el exilio tras la muerte de Manuel Quezon en 1944 y el segundo antiguo *speaker* de la cámara que había sido ministro de Agricultura con los japoneses, y ganó el segundo, tras haber agrupado entorno suyo la mayoría de la maquinaria política que había apoyado a Quezón a la presidencia antes de la guerra. Entre ellos destacaron Andrés Soriano, Mike Elizalde y la familia Zóbel.

En cuanto a esa percepción entre la sociedad de lo hispano como parte de la identidad filipina, sufrió un vuelco importante. Los filipinos se siguieron viendo por encima del resto de pueblos del Asia Oriental, pero ahora pasaron a sentirse muchos más orgullosos de esas aportaciones norteamericanas que de las españolas o latinoamericanas. La imagen de lo español había sufrido un empeoramiento brusco, por un lado por esa identificación como projaponesa; por otro lado, la situación internacional del régimen de Franco, aislado por las Naciones Unidas por el apoyo de Alemania e Italia, deterioró mucho la imagen de España en general. Por un lado «provocando dudas sobre su identidad democrática» y por el otro pasando a identificar a lo español exclusivamente con las clases más económicamente poderosas.

Si antes había un cierto equilibrio entre las identidades locales, la hispana y la norteamericana, a partir de la guerra la admiración hacia los Estados Unidos engrandeció esa tercera identidad en perjuicio sobretodo de la identidad hispana que antes de la guerra había servido como forma de compensar lo norteamericano. Esta asociación de los ricos con lo español ya existía antes de la guerra, pero no era exclusiva, mientras que después de la guerra tuvo un componente adicional por la intensificación de la lucha social, con los Huks identificando a la elite filipina con el gobierno de Franco.²⁹

7. Una independencia diferente de lo esperado

La declaración de independencia de Filipinas de 4 de julio de 1946 cerró de forma definitiva un período provisional que había comenzado con la inauguración de la Commonwealth, o Mancomunidad, en 1935. Aunque esa década de transición fue mucho más convulsa de lo esperado, la independencia se concedió en el plazo previsto. Con Roxas en el poder tras su victoria en las elecciones parece cerrarse el paréntesis que supuso la ocupación japonesa, con un país de nuevo inmerso en luchas faccionales y en una «anarquía de familias» como ejemplo de la política como adición. Las Filipinas iniciaron la senda de la independencia con una vida y una clase política muy similar a la anterior, pero los cambios se dieron principalmente en su relación con el exterior.

El cambio más radical, ciertamente, fue su percepción en relación con el exterior. La identidad hispana en Filipinas pasó de buscar ser la hegemónica en Filipinas a ser marginal: Quezón y otros líderes de Filipinas se planteaban una independencia con unos vínculos más intensos con el continente americano, pero al acabar la guerra esos planes ya eran totalmente imposibles, tanto por el contexto internacional como por el nacional. Las cifras de ciudadanos españoles, pero sobretodo su poderío económico, social y su influencia cultural disminuyeron drásticamente en esos años. La comunidad española pasaron a ser unos centenares de españoles con pequeños negocios sin capacidad de intervenir como tales en la política o la economía filipina, en donde quedó como único ejemplo la Compañía General de Tabacos de Filipinas, aunque con un poder cada vez menor, y unas órdenes religiosas que aceleraban el proceso de filipinización. Pero la separación mental hacia lo hispano fue mayor aún. Lo español fue arrinconado a la comunidad española, mientras que los puentes con el resto de la sociedad se difuminaban cada vez más, tanto por ese decreciente papel de los mestizos o del lenguaje como por esa creciente asociación de lo hispano con lo rico. Lo español ya no pudo ejercer más ese papel de contrapeso a los Estados Unidos, que ya no tuvieron dudas sobre su lealtad. Desde entonces, las identidades tagala, visaya, etc, serían las únicas posibles alternativas al complejo cultural norteamericano.

NOTAS

1. Una explicación más detallada sobre las dos corrientes historiográficas en "Introduction" por Ikehata Setsuho a *The Philippines under Japan. Occupation Policy and Reaction*, ed. Ikehata Setsuho & Ricardo Trota Jose, Quezon City, Ateneo de Manila; 1999, pp. 1-20.
2. Para una discusión sobre la etnicidad de las empresas, dependiendo del capital, puesto que etnicidad de las compañías dependía de una inversión de origen dudoso en ocasiones, ver Yoshihara Kunio, *Philippine Industrialization: Foreign and Domestic Capital*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 1985, pp. 3-4
3. Llorden Miñambres, Moisés. "Notas acerca del Asocacionismo Español en Filipinas," en Naranjo, C. (ed.) *La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, pp. 519-527; González Calleja, Eduardo "La Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange Española en las Islas Filipinas", en *España y el Pacífico*, ed. Florentino Rodao, Madrid, ICD, 1989, pp.123-124.
4. McCoy, Alfred & Alfredo Rocas, *Philippine Cartoons. Political Caricature of the American Era, 1900-1941*, Quezon City, Vera-Reyes Inc., 1985, p. 17; Census of the Philippines, 1939. Vol. I, *Summary for the Philippines and General Report for the Census of Population and Agriculture*, Manila, Bureau of Printing, 1940, pp. 329-332.
5. Ver, sobre ello, Report to the High Commissioner, Manila, 21-VIII-1941. Sayre Papers, c. 8. Library of Congress; Report, Washington, 28-VII-1943. Record Group 350, exp. 1318. National Archives and Record Administration (NARS)
6. Ver, por ejemplo, la correspondencia entre el comunista James Allen (Sol Auerbach) y Aglipay, 6-III, 22-IV, 28-IV, 21-VIII James Allen Papers, sec. IV, Tamiment Library. También Allen, *The Radical Left on the Eve of the War: a political memoir*; Quezon City, Philippines : Foundation for Nationalist Studies, 1985, pp. 7, 11-12, 16.
7. A contrario que en Indonesia, en donde hubo recepciones populares a las nuevas tropas que habían derrotado a los holandeses, la población filipina prefirió esperar en sus casas la llegada de las nuevas tropas.
8. Predominaban también esos sentimientos ambivalentes de diferencias en el plazo largo y posible acoplamiento en el corto pero, teniendo en cuenta que el dominio japonés se consideraba que duraría. Sobre la opinión personal del cónsul, que seguro Japón ganaría en China, AMAE. Leg. 1737, exp. 8. Castaño a Serrano Suñer, Manila, 14-VI-1941.
9. Juan Labrador, O.P., *A Diary of the Japanese Occupation*, Manila: Santo Tomas University Press, 1989, pp. 40 (1-I-1942)
10. AMAE, Leg. 1736, exp. 33. Tel. Castaño a Méndez Vigo, para transmitir a Serrano Suñer, Manila, 4-V-1942.
11. Los españoles en Iloilo, Bacolod y Baguio, por ejemplo, fueron impulsados a participar en las demostraciones y desfiles japoneses. Sobre las recepciones con las autoridades japonesas. AMAE, Leg. 2910, exp. 9. Castaño a Méndez Vigo, Manila, 11-IX-1944.
12. 比島調査委員会. Informe de la Comisión para el Estudio de las Filipinas. Citado en Yu, Lydia, *Japanese attitudes toward the Philippines*, Ph. Dissertation, Tokyo, Sophia University, 1988, p. 264.
13. Philippine Cotton Growers Association, Philippine Copra Purchasings Union, Philippine Liquid Fuel Association, Philippine Lumber Control Association, Philippine Mining Conference, Philippine Tobacco Leaf Association o Philippine Sugar Regulation Association.
14. La primera decisión en tagalo del Tribunal de Apelaciones (Court of Appeals) de la Historia de Filipinas tuvo lugar el 30 de junio de 1942.
15. Terada, T., «The Religious Propaganda Program for Christian Churches» en *The Philippines under Japan. Occupation Policy and Reaction* (Ikehata, Setsuho and Rico T. Jose, eds.) (Manila: Ateneo de Manila University Press, 1999): 235.
16. Castaño presenta hasta la independencia un total de 123 reclamaciones oficiales elativas a detenciones, confiscaciones de propiedades e incluso de abofeteamientos a ciudadanos españoles y de gente cercana al cónsul. Castaño a Méndez de Vigo, Manila, 10-IX-1943. AMAE, legajo. 2910, exp. 9; AGA-AEET. Méndez Vigo a Castaño, Tokio, 16-II-1942; AMAE, Leg. 1736, exp. 33. Méndez Vigo a Serrano Suñer, Tokio, 4-V-1942
17. El diario del padre Labrador, director del Colegio de San Juan Letrán, comentaba que el español había desaparecido oficialmente y nadie había llorado por ello. Copia mecanografiada en el archivo de los Padre Dominicos. Convento de Santo Tomás, Ávila. Diario Padre Labrador, Entrada de 4-VIII-42.
18. Terada, art. cit., p. 236.
19. Ver su elegía en tres actos «A portrait of the artist as a Filipino», en Joaquin, Nick, *Prose and poems*,

NOTAS

- Manila, Bookmark, 1992, pp. 275-475; "Cultural aspects of the Japanese Occupation," por Agoncillo T, en *Philippine Social Sciences and Humanities* 28 (December 1963): 351-94 y analizando especialmente el caso de Joaquin, en *The Fateful Years. Japan's adventure in the Philippines, 1941-45*, Manila, University of the Philippines Press, 2001 (1ª ed. 1965), pp 565-571
20. AMAE, Leg. 1736, exp. 30. Notas de Manuel Halcón, Presidente del Consejo de la Hispanidad, y Conde Jordana, Ministro de Asuntos Exteriores.
21. Sobre esta fase, mi *Franco y el imperio japonés, Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, pp. 383-391.
22. Padre Labrador, op. cit., entrada de 2-IX-1942
23. Un ejemplo de esas negociaciones en Tokio, AGA-AEET. Conversación Kodaki, Jefe del Gabinete Diplomático de la Administración Militar en Filipinas y Mariano Vidal, Primer Secretario de la Legación de España en Tokio, Tokio, 19-III-1943.
24. AMAE. Leg. 2910, exp. 16. Sec. Política Exterior a Ultramar, 18-II-1943. Madrid. Fdo: J.M. Dousinague.
25. Ickes Diary. p. 8222. LOC. Manuscript División.
26. NARA, RG. 350, box. 1318. Memorando secreto "The Spanish party in the Philippines," s.f., Washington, 28-VII-1943.
27. NARA RG94, box 8839. Informe de Febrero de 1945
28. NARA RG94, box 8839. CIDT-441-0.2 Monthly Report of Activities, SWPA-41st Counter Intelligence Corps Detachment (CIC)
29. El gobierno de Manila fue uno de los principales defensores de Franco durante el período de aislamiento internacional, entre 1946 y 1953.

RESUMEN

PALABRAS CLAVE: Hispanismo en Filipinas; Ocupación japonesa en Filipinas; Mancomunidad de Filipinas, 1935-1941; Falange Española; Guerra del Pacífico.

Filipinas es la ex-colonia española cuya identidad hispánica está más diluida, a pesar de los más de tres siglos de vínculo colonial. Esta pérdida de identidad suele presentarse como un declive gradual desde 1898, pero no fue un proceso uniforme ni gradual, sino que transcurrió con diferentes velocidades e influido tanto por el contexto interno de las islas como por la situación internacional. Además, el punto-de-no-retorno no fue tras la derrota española de 1898, sino más cerca de la independencia formal, ocurrida en 1946. Este artículo intenta estudiar este proceso de deshispanización durante la ocupación japonesa en Filipinas, insertándose también en el debate historiográfico sobre su carácter, bien como una ruptura, bien como un simple paréntesis dentro de un período más amplio de la evolución filipina.

LABURPENA

GILTZARRIAK: Hispanismoa Filipinetan, Japoniar okupazioa Filipinetan, Filipinetako Mankomunitatea, 1935-1941, Espainiar Falangea, Ozeano Barearen Gerra.

Filipinak hiru mendez egon ziren Espainiaren menpe, eta izan ziren kolonien artean egun nortasun hispanikoa gutxien duen lurraldea da. Nortasun galtze hau 1898an hasi zen pixkanakako prozesu gisa aurkeztu izan da, baino prozesua ez zen ez gutxikakoa ez uniformea, prozesuak ez zuen beti abiadura bera izan, eta bai barne testuinguruak bai nazioartekoak eragina izan zuten honetan. Gainera, itzulerarik gabeko puntua ez zen gertatu 1898an, Espainiaren porrotaren ondoren, puntu hau 1946an kokatu behar dugu, lurraldeak independentzia formala erdietsi zuen garaian. Egileak, artikulu honetan, Filipinak Japoniaren menpe egon zirenen garaian gertatu deshispanizazio prozesua aztertu du. Egileak eztabaida historiografikoa sustatu nahi izan du, izan ere, garai hau, Filipinetako garapenean, haustura gisa aurkeztu izan da edota prozesu luze bateko parentesi moduan.

ABSTRACT

KEYWORDS: Hispanic Studies in the Philippines; The Japanese Occupation in the Philippines; The Commonwealth in the Philippines, 1935-1941; The Spanish Francoist faction in the Civil War; The Pacific War.

The Philippines is the Spanish ex-colony whose Hispanic identity is more diluted, even after three centuries of colonial relations. This loss of identity is often presented as a gradual deterioration since 1898. However, it was not a uniform, nor a gradual process, but rather it happened at different velocities and influenced as much the internal context of the island, as it did internationally. Additionally, the point-of-no-return did not occur after the Spanish defeat of 1898, but rather it was closer to the formal independence which occurred in 1946. This article aims at studying the 'dehispanization' process during the Japanese occupation in the Philippines, contributing as well to the historiographic debate about the nature of the event, as either a rupture, or a simple parenthesis within the most ample period of the Philippines' evolution.